



www.loqueleo.es

© Del texto: 2023, Rosa del Real
© De las ilustraciones: 2023, Laia Ferraté
© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S.L.U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-543-0

Depósito legal: M-31267-2023

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2024

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

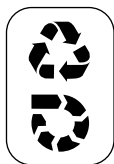
Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Yo salvaré a los pingüinos

Rosa del Real

Ilustraciones de Laia Ferraté

loqueleq

*Para Andrea, que ha hecho realidad su sueño:
ser una brillante científica.*

*Para Daniel y Carlos, por su cariño y sus
sonrisas infinitas.*

*Para Ana y Héctor, mis pequeñas estrellas que
empiezan a iluminar el futuro.*

Prólogo

¿Sabes?, a veces los sueños se cumplen, si los deseas de verdad. 9

Seguro que eres una de esas personas a las que les encantan los leones o las orcas. Pero, por mucho que te entusiasmen, no te recomiendo que vayas a las praderas de África a acariciar las melenas de estos encantadores felinos o que te sumerjas en las frías aguas del océano Antártico para nadar junto a esos enormes cetáceos y que te confundan con una tierna cría de pingüino, uno de sus alimentos preferidos. ¡Todo tiene su límite!

Y eso es lo que les ocurre a los protagonistas de esta historia: no saben cuándo deben

parar. Lo que sí saben es lo que quieren conseguir. No te puedo contar mucho sobre lo que les va a suceder, pero sí te daré una pista: son muy cabezotas.

10 Tampoco puedo recomendarte que sigas todos sus consejos, quizá no sean apropiados para los niños y las niñas de tu edad, eso es algo que debes reconocer por tu cuenta cuando leas su historia y los problemas en los que se verán envueltos.

Como podrás adivinar, este es un libro de aventuras casi imposibles, pero ya te he dicho que, si insistes en alcanzar tus sueños, puede que al final se cumplan, por muy complicado que sea el camino.

Así que, si tú eres una de esas personas que no se rinden ante las dificultades, de esas que se esfuerzan al máximo y no tienen miedo a lo que se puedan encontrar en el camino, quizá sí te interese este libro.

Porque el mundo que conoces es así gracias a personas que no dudaron en enfrentarse a muchos obstáculos y peligros con tal de alcanzar sus metas.

El Oceanográfico

Andrea estaba feliz. Como nunca.

13

Observaba a los pingüinos de cerca con la magia de la primera vez, esa que produce un cosquilleo inolvidable. Cuando los veía saltar, con sus divertidos movimientos, no cabía en sí de gozo.

Los había contemplado miles de veces en las ilustraciones de los cuentos que leía, en documentales y en textos de ciencias donde buscaba información sobre su vida. También los había visto disecados en algún museo de ciencias naturales, «pero eso no era igual porque no estaban vivos», pensaba Andrea.

En su habitación había una estantería llena de libros, su mayor tesoro. Esa biblioteca iba creciendo con ella. Tenía una sección sobre naturaleza, animales, ciencias, científicos y atlas, que eran los que más consultaba. Las puertas que abrían su imaginación, su fuente de inspiración.

Tenía especial cariño a los textos de mujeres científicas, porque eso era lo que quería ser de mayor. Casi todos se los había regalado su tía Marga. Siempre decía que en los libros de texto las mujeres científicas eran las grandes olvidadas.

«Si alguien destaca en algo, si tiene algo de poder, debería ayudar a los demás para hacerles sentir que también pueden alcanzar sus metas, sea quien sea, da igual de dónde venga». Y le recordaba con frecuencia las palabras de Wang Zhenyi, la famosa astrónoma y matemática de la dinastía Qing,

«cuando se habla sobre el aprendizaje y las ciencias, la gente no piensa en las mujeres». ¡Qué disparate!

Pero hoy contemplaba embobada a los pingüinos, que corrían y se zambullían en el agua. Su mirada resplandecía por esa ilusión que dibuja sonrisas.

15

—ME ENCANTAN, ME ENCANTAN, ¡ME ENCANTAAAAN! Son todavía más bonitos y graciosos de lo que imaginaba —le comentó a Daniel, su profesor, al tiempo que saltaba y palmoteaba con las manos de pura emoción.

Daniel, maestro y tutor de Andrea, era un amante de la naturaleza y ahora estaba estudiando la carrera de Biología. Intentaba transmitir a sus alumnos y alumnas el entusiasmo que sentía por la ciencia, los animales y las plantas, con todo tipo de proyectos, actividades y excursiones.

Por eso estaban pasando el día en el Oceanogràfic de Valencia, el acuario más grande de Europa.

16 —No sé qué tienen los pingüinos que nos fascinan a todos. La verdad es que a mí también me gustan mucho. Ojalá pudiéramos verlos en su medio natural y no aquí, encerrados. Aunque, si quieres que te diga la verdad, en estos lugares los cuidan muy bien, no les falta de nada y tenemos la gran suerte de poder disfrutarlos —puntualizó Daniel.

—Creo que algo sí les falta: la libertad. Me encantaría verlos correr por las tierras heladas de la Antártida, con esa forma tan graciosa que tienen al andar, haciendo ¡plis, plas, plis, plas! al moverse de un lado a otro, dando saltitos sobre el hielo. ¡Qué risas cuando resbalan! Y qué frío deben de pasar... ¡Brrrrr!



—Ojalá pudiéramos hacer una excursión a la Antártida con el colegio. No estaría mal, ¿eh? —sugirió Daniel, guiñando un ojo.

18 —Mi padre dice que, en los zoos, los animales no se sienten bien y que le da pena ver cómo los exhiben —interrumpió Carlos, el mejor amigo de Andrea, que estaba escuchando la conversación—. Opina que están encajonados, pero... ¡yo no los veo metidos en cajones!

—¡Qué ocurrencias, Carlos! —dijo Daniel sin contener la risa—. Mira, en algunos casos, tiene razón. Pero un zoo con buenas instalaciones y profesionales preparados es un buen lugar para proteger y conservar especies en vías de extinción. Además, son centros de investigación para mejorar la vida de los animales.

—Ya sabéis que mi tía Marga es bióloga marina —expuso Andrea— y trabaja en un

programa de cría en cautividad de especies en peligro de extinción. También investiga a los pingüinos. Va mucho a la Antártida para estudiarlos. Por eso, cuando sea mayor, quiero ser científica como ella y trabajar en su equipo. ¿Entendéis ahora por qué me gustan tanto los pingüinos?

19

—La conozco —afirmó Daniel—. Recuerda que la invité al cole para que hablara con vosotros de su experiencia en la investigación y dar visibilidad al trabajo de mujeres científicas que se dedican a las áreas STEM. Una buenísima actividad para fomentar la vocación investigadora.

—Ejem, eso es normal. Si alguien se dedica a algo, sea lo que sea, lo lógico es que *estén*, si no, que no *estén* —soltó Carlos y se quedó tan pancho.

—Carlos, no sé si te estás haciendo el gracioso, pero ya os contamos que STEM

es una palabra formada con las iniciales de *Science, Technology, Engineering and Mathematics*.

—No, profe, no se hace el gracioso, es así de distraído —Andrea puso los ojos en blanco— y no presta atención ¡NUUUNCA!
20 Yo le llamo Carlitos el *Despistadito*.

—¡Solo un poco! —continuó Daniel—. Es que tiene esa chispita de científico despistado.

—Bueno, eso de ser un *gran científico* conlleva ser algo despistado. Pero yo no seré un científico chiflado, ¿eh? —corrigió Carlos.

—Perdón, ya sabes que era una broma —se disculpó Daniel—. Volviendo a tu tía, sigo su trabajo leyendo los artículos que publica en la prensa y escuchando las conferencias que da. Ayer leí que está preparando otra expedición a la Antártida para continuar con su investigación sobre los pingüi-

nos. Irá con un equipo de científicos que estudiarán las dificultades que atraviesa su hábitat y otras cosas. Tiene que ser una experiencia fantástica.

—¡A-LU-CI-NAN-TE! —Andrea saboreó cada una de las sílabas.

—La bioquímica Margarita Salas, su tocaya, decía que «un país sin investigación es un país sin desarrollo» —concluyó Daniel.

—Anda, ¡cómo mola que quieras ser investigadora como tu tía! —interrumpió Carlos, que estaba a lo suyo. Trasteaba con disimulo y con cierto misterio dentro de su mochila—. Pero tendrás que estudiar mucho. Yo quiero ser ingeniero robótico y también arquitecto. Me han dicho en casa que para eso tendré que hincar los codos. ¡Pero cómo me voy a clavar los codos a la mesa! ¡Qué barbaridad!

—A ver, es una frase hecha —aclaró su profesor, ahogando una sonrisita—. Quiere decir que tendrás que esforzarte y estudiar.

22 —¡Ah, bueno! Si es eso, no hay ningún problema, porque soy una máquina en Matemáticas y Robótica. —Su mochila vibró, pero rápidamente se la colocó a la espalda para ocultársela al profesor y puso cara de niño bueno.

—Sí que lo eres, sí. Pero, en Lengua, estás un poquito pez —replicó Andrea, divertida. Ella sí se dio cuenta de lo que Carlos pretendía ocultar.

—¡Aquí, los únicos peces que existen son los que se comen los pingüinos! —levantó la voz Carlos, un poco enfurruñado.

—Venga, tengamos la fiesta en paz —tranquilizó Daniel—. Los dos sois muy buenos estudiantes, aunque cada uno des-

taque en materias distintas. Seguro que, si os lo proponéis, conseguiréis alcanzar todos vuestros sueños y metas. —Carlos miró con disimulo su mochila, que por un momento pareció moverse sola. Daniel se inquietó—. ¿No habrás traído una de tus enigmáticas y extravagantes maquinitas a la excursión?

23

—¿YO? ¡No, no! —mintió Carlos—. Na... nada, que le he dado sin querer un empujoncito a la mochila —tartamudeó con una sonrisa forzada, mostrando sus dientes decorados con unos *brackets* metálicos y coloridos.

—Perfecto, porque ya te dije que no quería volver a pasar por un nuevo desastre con tu manía de mostrar las habilidades de tus artilugios en las excursiones —sentenció Daniel—. Son geniales, pero los dejaremos para clase.

La conversación quedó interrumpida porque en ese preciso momento llegaron los demás niños. Habían estado admirando a los delfines con otros profesores, mientras que Daniel había permitido a Andrea estar más tiempo con los pingüinos.

—¡Niños, se acabó la excursión! —anunció Daniel.

Y, como tenían por costumbre, se agruparon entre empujones y bromas para marchar en fila hacia el autocar.

—¡Foca el que llegue el último! —vociferó un niño.

—¡Tú sí que eres un elefante marino! —le respondió una compañera que estaba harta de sus bromas.

—¡Vamos, sin insultar! —comentó Andrea—. Me refiero a que no humilléis a los pobres animales.

Y, dicho esto, siguió a sus compañeros hacia la salida de aquel paraíso.

Carlos metió la mano en su mochila con sigilo y manipuló unos cuantos botones.